

Escribir, una apuesta política.

Padre Joseph Wresinski.

Artículo publicado en "la Revue Quart Monde n° 188", noviembre 2003

Todo tiene como objetivo estigmatizar a las familias de la pobreza extrema, recordar sus múltiples «problemas». No vayamos a caer también nosotros en esta tentación. Si queremos evitar que una persona sea percibida de este modo, a través de esos estereotipos, recortado en pequeños pedazos de vida, estamos obligados a tener en cuenta permanentemente la globalidad de su propia historia, de la historia de su familia, de su grupo social y a reubicarlas en la globalidad de la historia de nuestra sociedad.

Contar la vida de un pueblo

En el fondo, se nos exhorta a escribir todos los días la vida de una población, una porción de su historia. No tanto en lo referente a los sucesos exteriores que se producen, como en lo que se refiere a lo que vive y experimenta, porque cualquier fragmento de la vida de la gente tiene para nosotros el valor de un acontecimiento. Esto es lo que tratamos de apuntar para poder luego releer esta historia vivida con los que la han vivido y descubrir que la han vivido en común, solidarios los unos de los otros y que han forjado su pensamiento, su mirada sobre el mundo, sus ideas políticas, sociales o espirituales... No sé de qué modo podríamos conseguirlo si no relatamos todos los días los hechos de vida de los que somos testigos. Una trabajadora social puede tomar nota de los acontecimientos que marcan la vida de la gente: «Fulano bebe, se pelea con su mujer, se burlan de su hijo en el colegio... » Pero, ¿cómo vive eso la gente? ¿Es su vida! ¿De qué modo, este tipo de acontecimientos, condiciona las opiniones del vecindario, las relaciones de los unos con los otros? ¿Eso es la vida! Si no transcribimos eso, dejamos a los muy pobres reducidos a no ser más que casos sociales, un residuo de la sociedad. Y, por consiguiente, los partidos políticos y las organizaciones sociales tienen el campo libre para dejarles a un lado. Por ese motivo, en nuestro Movimiento tenemos que pensar siempre en términos de «colectivo» (un pueblo). (...) Hay que dar lugar a que alguien, por ejemplo, no diga «Yo soy de Bassens», sino «Soy musulmán, soy argelino, formo parte de la clase obrera... »: ¡eso es otra cosa! De lo contrario, únicamente se le identificará con «los de Bassens»

Nosotros somos de esos

En el fondo, la delincuencia procede de la estrechez del grupo en que se vive y de un encerramiento en ese grupo. No existe delincuencia cuando las fuerzas de los hombres se liberan para construir un mundo más justo, más sincero, más verdadero. Nuestro testimonio escrito debe hacer que se comprenda que más allá de un grupo hay toda la vida de un pueblo que palpita, que se expresa y que se propone una meta, una dirección. ¿Por qué los miembros de este pueblo son reducidos siempre a su nivel individual? Se crea un mundo de mendigos como si fueran necesarios. Todas las sociedades segregan así a personas y familias que cargan con todas las desgracias de la tierra y que son en cierto modo el punto de referencia de nuestra honorabilidad. «Nosotros no somos de esa gente, pertenecemos a la clase obrera». «No somos de esos, pero necesitamos que existan porque su existencia es para nosotros una auténtica liberación.» ¿Cómo llegar a suscitar en un mendigo, en una familia marginada, un sentido de su historia, cuando a veces no saben repetir lo que ha sucedido una hora antes? Para poder

retener lo que ha sucedido una hora antes o la víspera, se necesita una gran libertad de espíritu, un cierto dominio del propio tiempo. ¿Cómo demostrarle a la sociedad que el muchacho que se encuentra a la puerta de una iglesia no es un parásito, que un grupo marginado a las puertas de una gran ciudad no está marginado voluntariamente y que no es un inadaptado a la vida en sociedad, si no se va más allá de una descripción exterior de sus condiciones de vida? ¿Cómo hablar en verdad si no se transcribe día a día la vida de la gente de modo que se pueda afirmar: «Vean cómo viven»?

Una apuesta política

Es preciso creer en la sinceridad de la gente, en su compromiso militante, en su voluntad política. No se pueden sacar lecciones políticas más que en el corazón de la población y no se puede hacer seriamente más que escribiendo sobre ello de manera muy rigurosa. Una formación política pasa en primer lugar por el papel y el lápiz. Decimos: «Los pobres son nuestros maestros» porque, colectivamente, nos dicen cosas que tienen una importancia capital para la historia de la sociedad. No existe el maestro que se escucha solamente, no hay más maestros que los que transcribimos. No se construye una visión política sin inscribirla en la historia. El Cuarto Mundo está fuera de la historia, es preciso reintroducirlo en la historia. No se puede ser un militante político, con un proyecto de sociedad, con un deseo de transformación radical de la sociedad, que cuestione toda una jerarquía de valores, sin tener maestros para pensar y actuar. Nosotros, deliberadamente, elegimos el pueblo, porque está fuera del sistema, porque está fuera del proyecto y el combate políticos. ¿Quién nos va a enseñar, quién nos va a formar si no es él? Nuestra escritura cotidiana es un auténtico instrumento de formación política. Es una contribución a la historia de la vida de la gente. Es preciso recordar en todo momento que la señora X no es para nosotros un objeto de estudio, sino un tipo de mujer del Cuarto Mundo, y preguntarnos siempre cómo podrá convertirse esta mujer en militante, ¡con todas las vicisitudes que ha pasado en su vida! Pertenecer a un grupo humano, contribuir a su edificación, compartir su vida, es la única manera de ser digno. La clase obrera ha salido de la miseria porque en un momento dado, el peso de la sociedad no fue suficientemente fuerte como para impedir que los obreros estuvieran orgullosos de ser trabajadores (...). Los subproletarios no tenían un pasado como ese. Durante la primera mitad del siglo XIX, se escribieron miles de libros sobre el mundo obrero, pero ninguno sobre el mundo del subproletariado. Así que es preciso que nos sintamos responsables de restituir la historia de la gente. Si la clase obrera puede expresarse es porque su historia existe y se pudo transmitir a los obreros jóvenes.

(Extractos de la grabación de las palabras del padre Joseph Wresinski dirigidas a nuevos voluntarios de ATD Quart Monde, 21 de agosto de 1975)